

Con Jazz o sin Jazz

Al excelente músico Pedro Masmitjà

"En el Principio era el Ritmo"

(Schumann)

A petición de unos amigos voy a tratar públicamente esta cuestión, en la que es muy fácil quedar mal y se corre el riesgo de ser excomulgado por uno u otro bando de los contendientes en pugna. Porque la lucha ha degenerado en maliciosas alusiones, en mutuos agravios y en sistemáticas execraciones, tal como en muchos aspectos de la actividad humana ha ocurrido en todos los tiempos.

Demos un vistazo general en la historia de la Música y encontraremos estas mismas luchas en cada intersección de cada camino como si fuera verdad lo del dicho de que la mitad del mundo se ríe de la otra mitad, y Dios nos otorgara la gracia de que no pasara ello más allá de la risa. Desde que las arpas curvilíneas y las largas flautas del antiguo Imperio de Egipto con su música suave y dulce fueron acalladas con las estridencias de los instrumentos asirios hasta la actual intrusión de la música de Hot en nuestra Europa, la lucha no ha cesado.

No voy yo a presentarme ahora con modales fríos y petulantes dándomelas de cronista imparcial de la música de nuestro tiempo, sino que voy a ponerme en la lid dispuesto a romper una lanza en defensa de la música de jazz.

Si la música de jazz me hiciera perder una gota de sensibilidad para apreciar la música genial y varonil de un Bach, de un Beethoven o de un César Franck, huiría de ella como se huye de un mal. Si la música de jazz fuese una imitación o una vulgar parodia de la música clásica, la despreciaría. Si la música de jazz siguiera servilmente los pasos de los buenos compositores contemporáneos y fuera una fría reproducción de sus sistemas y de sus sonoridades, no me interesaría lo más mínimo.

Pero es que, a mi entender, la música de jazz no tiene ni en su fondo ni en sus rasgos característicos ninguna relación con la demás música conocida hasta hoy día. Tendrá sus afinidades armónicas y en ciertos momentos sus similitudes melódicas; pero su fondo, su ritmo, su sabor, su estilo, son completamente diferentes. Es como si comparásemos una hermosa catedral gótica con un buen partido de fútbol.

No comprendo a ciertos impugnadores del Jazz, por otra parte gente inteligente y culta, que son justos en dar un valor a todo descubrimiento musical folclórico y se gozan en la buena oportunidad de oír una melodía o un ritmo sencillos ejecutados por un instrumento agreste, por rudimentarios y rústicos que sean, de cualquier país o época, y en cambio cuando oyen un portamento de saxofón o un ritmo de rumba, se sienten asqueados.

Pero, ¿es que la música de jazz no tiene unos medios de expresión característicos y un estilo y una técnica propios?

Observemos entre sus ejecutantes: Un buen músico toca su instrumento de una manera conciente y es admirado por su intuición, por sus estudios y sus éxitos, sobresaliendo de la vulgaridad en todos los géneros de música, pero se encuentra

de repente delante de un papel de música de jazz y toda su maestría y toda su experiencia de nada le sirven para ejecutar con un mínimo de estilo un sencillo Fox. Fracasa. Se encuentra delante de algo nuevo, inesperado, desorientador: ocurriendo en la mayoría de estos casos que dicho artista siente herida su dignidad profesional y se defiende disparando, irritado, un alud de burlas y de maldiciones a aquel género exótico y extravagante que él no ha comprendido y que, en cambio, para sus propios discípulos de tercer curso es terreno llano. Y es que aquel buen profesor para poder adaptarse a aquella extraña música necesita una paciente preparación a través de los espirales de los discos y de las ondas de las radios.

Consulté a un amigo mío, buen instrumentista y músico concienzudo, y me dijo: «No puedo consentir que aprovechándose de la moda actual medren los malos músicos en perjuicio de nuestra clase profesional y por esto me dedicaré con atención a la música de jazz. Será una fuente de ingresos para mi familia y haré que de ello no se resientan mis aptitudes profesionales porque seguiré aparte mis estudios formales». Es una buena defensa.

Y otro amigo me contó: «Mi vocación y mis ilusiones están en la música sinfónica. No quiero ejercitarme en la música de jazz, sino que multiplicaré mis estudios en el anhelo de llegar a ser una primera figura en mi música favorita. A la comprensión de la música antigua, clásica, romántica, moderna y contemporánea dedicaré mis actividades y aspiro triunfar en mi difícil carrera». Es una gallarda posición.

Pero de esto al mutuo reproche y a la inútil lucha hay una gran diferencia.

En realidad: Ni los amantes de la música europea son gente aferrada a lo antiguo, pues ella evoluciona constantemente de una manera formidable. Ni los escrutadores de la música antigua son unos retrógados pues cada descubrimiento sacado del polvo es una novedad en la civilización. Ni los enamorados de la música negra son entes banales pues en esta música hay muchas obritas de una belleza propia e inimitable, aunque hayan multitud de bailables que son de un gusto y de una vulgaridad insopportables como ocurre en los demás géneros.

¿Por ventura los europeos no andábamos demasiado tiesos y almidonados y no nos habíamos puesto o demasiado sentimentales o excesivamente especulativos? Necesitábamos también refrescarnos en la ducha de la música negra, la que tiene por cuna el país del Sol, entre exhuberancias plétoras de vida y de movimiento con sus locas danzas, sus estridentes cantos y sus quejas hondamente lúgubres al compás de sus instrumentos de percusión que con sus golpes hieren y hacen reaccionar lo más profundo de nuestro íntimo instinto allí donde se fraguan rudimentariamente todas nuestras pasiones y actitudes, allí donde parece que ninguna manifestación del Arte pueda llegar más que el Ritmo, el elemento fundamental de la Música que los europeos habíamos olvidado orgullosamente y que ahora por expansión natural ha estallado invadiendo la Civilización como una plaga expiatoria.

¿Música de Jazz o sin Jazz?

Las dos son Música.

JOSÉ M. RUERA

Calidoscopio

Amor y paisaje

Ahora que viene el otoño, con sus días fríos, con sus hojas muertas, con esa tristeza de niños enfermos que tienen las flores y el campo y el mar, amad con más fuerza, jóvenes enamorados, murmurad más ternuras a vuestros corazones, para salvar con esta inefable alegría la posible influencia que en vuestras dulces almas podría dejaros el paisaje gris.

Contrastes

En todos los entoldados, entre el revuelo de sus risas y sus alegrías, existe la pequeña tragedia silenciosa de una alma olvidada que suspira.

Recuerdos

Si os habíais apasionado por aquellas películas inacabables, llenas de aventuras y de emoción, cuando en des poblado os encontráis con esas calderas ambulantes que son las máquinas de tren a vapor, si dejáis abierta la ventana de los recuerdos y ponéis un poco de imaginación de vuestra parte, veréis aparecer de detrás de cualquier escondite un «cow-boy», lazo en ristre, con su caballo blanco y su camisa a cuadros.

Coquetería

Mi compañera de viaje, aquella mujer de los ojos extraordinariamente hermosos, se adivinaba rendida de sueño; y sin embargo permanecía totalmente despierta estudiando posibilidades de dormir con los ojos abiertos.

Cactos

Una familia de excéntricos en el circo de la naturaleza.

Enamorados

Sus ojos son modelo de perfección óptica: a través de mil obstáculos, descubren la presencia de la amada, por intuición, por un síntoma cualquiera que les habla dulcemente al corazón, por el color del aire, si queréis.

Fantasías

Cuando miro pasar aquella mujer adorablemente bella, con sus ojos verdes, con su traje azul, con aquella estela de brisas salobres que deja a su paso, no puedo evitar en mi alma una sensación de paisaje marino.

Pescador

...Y aquel pescador romántico, quien tenía el alma repleta de sueños, en una noche lunada izó una estrella de nácar.

JAIME LLACUNA